

Lo primero a exigir es una actitud clara del socialismo

L. Fersen

21 de febrero de 1934

(Tomado de AAVV, *Revista Comunismo (1930-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 381-386, que reproduce el artículo publicado en *Comunismo*, número 33, marzo de 1934.)

La situación española se distingue por la extraordinaria rapidez con que se desarrollan los acontecimientos. La Monarquía, sustituida por una democracia pequeñoburguesa que tenía como principal apoyo el reformismo y un poderoso movimiento revolucionario detrás (aunque estuviese mal orientado no se puede negar su intensidad), ha creado en el país las condiciones para que las fuerzas monárquicas buscasen reivindicarse (inspirándose en el curso de la política alemana) en el fascismo. La burguesía más inclinada a una solución democrática, vuelva también los ojos hacia el fascismo a medida que aumenta su inquietud por la tensión social y empieza a dudar si la solución democrática será posible. Esta misma evolución se observa en una buena parte de las clases medias. Pero la actitud de la clase media y de la burguesía ante el fascismo es más vacilante que la de otros sectores de mayor raigambre monárquica: la aristocracia terrateniente, el clero, las camarillas militares, etc.

Actualmente está gobernando la coalición de la burguesía y de los terratenientes, y no en el sentido demasiado general que a veces damos a esta expresión, sino en un sentido concretísimo: por alianza de sus partidos más representativos, con exclusión de los partidos pequeñoburgueses y del reformismo. La burguesía, después del cambio de régimen, se agrupó en su mayor parte en torno a Lerroux, dando con ello claras pruebas de su indiferencia en la cuestión del régimen. Formalmente democrático, republicano y laico (principios que son lo más sobresaliente de su programa histórico), este partido ha podido encarnar casi a la perfección los intereses de la burguesía a quien no interesa una restauración monárquica (del mismo modo que temía el advenimiento de la República) ni es opuesta a un tibio laicismo oficial. Su preocupación única es “estabilizar” la explotación. Por esta razón considera los cambios de régimen como algo perturbador y no hace de ello cuestión de gabinete. Más intransigente es la posición de la aristocracia, del clero, del ejército, fuerzas íntimamente ligadas a la Monarquía para quienes el cambio de régimen ha supuesto por sí solo un atentado, por pequeño que fuera, contra sus intereses y prerrogativas, que las conduce a la exasperación. Estas fuerzas, con enormes recursos materiales, constituyen los cuadros fundamentales del incipiente fascismo español. La situación que atraviesa el país les ha permitido ensanchar su influencia entre las clases acomodadas de la ciudad y del campo.

Pero el factor decisivo que ha determinado la nueva situación política no ha sido tanto el crecimiento directo de los partidos monárquicos como el cambio de frente operado por la burguesía con su partido representativo, el de Lerroux, al entrar en oposición con los socialistas y con los partidos republicanos de izquierda, pasando a incorporarse de hecho a la coalición antimarxista que formalmente sólo la componían los partidos monárquicos. Así se ha constituido el frente único de toda la reacción que

determinó el desplazamiento de los socialistas y de los partidos republicanos intermedios. Esta situación ha surgido no porque el partido radical la haya provocado artificialmente y por propia voluntad, como pretenden hoy sus antiguos aliados, sino que su evolución ha ido acompasada a la evolución de la clase que representa. El partido de Lerroux hubiera perdido su base social, habría dejado de representar a la burguesía de seguir ligado a las izquierdas. Esto quiere decir que la burguesía se ha puesto en pie de guerra después de haberse apoyado en el socialismo y en los partidos de izquierda en un momento en que sentía amenazada su existencia.

Las izquierdas se dicen ahora defraudadas y traicionadas. Los socialistas anuncian abiertamente su cambio de rumbo y amenazan con la revolución. Procuremos nosotros desinflar el globo y ver si el rumbo auténtico de su política es el mismo de las predicaciones.

¿Qué hace el partido socialista? Aparentemente se orienta hacia la revolución: rompe con los partidos burgueses, amarra cabos entre las organizaciones obreras, anuncia la revolución como algo inmediato, inminente, tan inmediato e inminente que ya se han tomado incluso las medidas de vigilancia contra el levantamiento. Parece increíble esto. ¿Es que acaso los socialistas se han vuelto locos, superando en su exasperación el radicalismo de la FAI? Porque la cuestión es precisamente ésta: que una insurrección armada en este instante sería una locura, con noventa probabilidades de fracaso contra diez de éxito. ¿Es que ha llegado el movimiento obrero a un punto tal en que debe jugarse el todo por el todo, mostrarse ya dispuesto a incendiar sus fortalezas y arrojarse a las llamas antes que entregarse al enemigo, como ha hecho algún pueblo de la antigüedad?

Ningún partido revolucionario serio juega con la revolución, porque sabe la trascendencia de este paso. Juegan con la revolución los insensatos y también los charlatanes, que la temen más que la desean. Este último es el caso del partido socialista, que todavía no se ha vuelto loco. Como no se ha vuelto loco, su revolucionarismo debe tener algún sentido. Por eso hablamos de la necesidad de desinflar el globo.

La lucha de clases ha adquirido en nuestro país una tensión extraordinaria. Los campos están perfectamente delimitados: a un lado están todas las clases reaccionarias dispuestas a aplastar el movimiento obrero, y de otro, el movimiento obrero, dispuesto a no dejarse aplastar. No cabe duda que en este momento el proletariado está dominado por una indignación legítima contra la política a que está sometido, y que todos los trabajadores hubieran respondido como un solo hombre a un movimiento insurreccional. Esto no lo duda ni la reacción, porque es un hecho tangible, palpable, la unidad de sentimientos del proletariado frente a la coalición monárquico-lerrouxista. Pero los socialistas desde su puesto participan de los temores comunes a la burguesía. En el campo burgués, a unos les corresponde enarbolar la bandera de la represión, a otros la de la conciliación. Los socialistas se eslabonan a esta cadena con patéticas amenazas de revolución, que son un grito de socorro, que son un llamamiento no a la lucha, sino a la conciliación. Para ellos la revolución proletaria no es una actitud firme, decidida, que debe orientar su actividad, sino una disyuntiva que adoptarán o no, según el grado de intransigencia en que se coloque la burguesía. “Si nos cierran el paso [dicen] arrollaremos, saltaremos, etc., etc.” Este es lenguaje que siempre utilizan los socialistas. ¿Qué quieren decir con ello? Pues sencillamente, que no les cierren el paso. Cada amenaza revolucionaria es un aldabonazo que se da a la puerta de la conciliación. De ahí que se hayan subido tanto en tono las amenazas de la dirección socialista, con evidente desproporción de las exigencias del momento. ¿No habrá algún alma misericordiosa que los oiga?

Por lo pronto, los ha oído el Sr. Azaña. Y al Sr. Azaña lo ha oído el Sr. Alba. Así vuelven a iniciarse las gestiones para la concordia. La revolución social queda por un momento en suspenso. Los guardias siguen vigilando con su mosquetón.

No tendremos una idea clara de la política socialista si no la miramos bajo el ángulo de las conciliaciones parlamentarias. Con una rapidez que sería una locura de no ser una maniobra, empalmado frase con frase, discurso con discurso, un partido reformista por tradición ha trasladado todos sus bártulos al campo revolucionario y amenaza con la insurrección de un día para otro, sin haberse producido tan siquiera una escisión en su seno. Ante problemas de menor cuantía se divide un partido. Mucho más cuando se trata de algo tan decisivo como la revolución proletaria. No es posible concebir que un partido como el socialista, dirigido por elementos que por su educación o condición social están muy distantes de la revolución, pudiera transformarse de súbito en un partido revolucionario. Esta reserva bastaría para que cualquier militante consciente se dijese: aquí debe haber gato encerrado. Y el gato lo hay, efectivamente; por ahora se trata de buscar una fórmula de concordia.

Halló la socialdemocracia austríaca una muerte gloriosa después de haber ido por su propio pie conciliador hasta los lindes del matadero. Teóricamente, las experiencias alemana y austríaca no han dejado de tener cierta repercusión en los demás partidos socialistas, que reconocen que una conciliación extremada imposibilita más tarde para reaccionar. Pero la repercusión de estas experiencias en la cabeza y en el corazón de ciertos socialistas dista mucho de haberse traducido todavía en una política práctica. El ejemplo elocuente lo tenemos en España.

Si bien es un crimen ir entregándose por partes, ir cayéndose a pedazos con la esperanza de hallar un punto de equilibrio (punto que sea el que fuere será siempre contrario a los intereses del proletariado), sería una barbaridad imperdonable que el proletariado renunciase a robustecer sus posiciones, a debilitar al enemigo, a ponerse en condiciones de triunfar alucinado por la idea de la insurrección. Sería un error catastrófico que el proletariado aceptase la batalla suprema allí donde el enemigo quiera darla, que no utilizase todos los recursos de que dispone para garantizar su victoria, que dejase en manos del contrario las armas que él puede utilizar. El claudicante reformismo y el revolucionarismo a ultranza son igualmente peligrosos. Pero una cosa se puede asegurar: la socialdemocracia no oscila entre esos dos polos. Si hoy vemos al socialismo español encrespado en las formas hasta el ridículo, es porque se trata de un proceso retórico, artificial, bajo el cual no hay sino un seco inmenso de temores y de esperanzas. Su política práctica sigue depositada en la balanza del parlamentarismo. Estamos asistiendo a un forcejeo político, a un estira y afloja que no romperán los socialistas en cuanto tengan la menor esperanza de conservar el sistema parlamentario. Sus concesiones en esta etapa serán tan amplias como han sido en el período de colaboración directa con los partidos burgueses. De no estar ante una política de capitulaciones, también las apariencias de la política socialista hubieran cambiado. En lugar del patetismo revolucionario que está ocultando los retrocesos de cada día, habría una resistencia intensa, obstinada, eficaz a los avances de la contrarrevolución; en lugar de las amenazas insinceras (de ser sinceras serían idiotas) de salirse de la legalidad, habría una defensa decidida de los derechos democráticos y una utilización intensa de esos derechos. “Si se pretende arrojarnos a la ilegalidad, haremos la revolución.” Esto es una vaciedad propia de un pequeño burgués, que nada entiende de la lucha de clases. Que los fascistas pretendan arrojarnos a la ilegalidad y acorazarse ellos con todas las armas de la ley, ya lo sabemos. Pero el caso es que puedan conseguirlo. Si se pretende arrojarnos a la ilegalidad, no vamos a hacer la revolución social, sino a defender los derechos democráticos del proletariado a toda costa. Y entonces no lo conseguirán. Los fascistas, aliados con el gobierno, podrán ahogar en

sangre una aventura revolucionaria. Pero cualesquiera que sean sus cristianas intenciones no podrán, con la fuerza actual del proletariado, anular sus derechos y sus conquistas si éste sabe defenderlas. Cada día que pasa sin emprender esta defensa son posiciones que pierde la clase obrera con los ojos puestos en la anunciada revolución social.

Necesitarnos del socialismo un auténtico cambio de rumbo. Nosotros no nos hacemos ilusiones excesivas sobre las posibilidades de evolución interna del socialismo. Pero esta política tiene que abandonarla. Es un engaño que no se puede prolongar. La clase obrera tiene que darse cuenta de que está sometida a un juego criminal, que pone en peligro sus intereses más vitales. La burguesía, por su parte, toma cada vez menos en serio las amenazas revolucionarias de los socialistas. No cabe duda de que se han subido demasiado y demasiado pronto de tono. De lo patético sublime al ridículo no hay más que un paso. Hemos llegado a una contradicción insostenible: la clase obrera está en su aplastante mayoría inclinada hacia la defensa efectiva, siente la trascendencia del momento, existe una voluntad tal de unidad que ésta ha dejado de ser un sueño beato y dorado y se ha convertido en un propagandista activo y en un guardador celoso del frente obrero; pero mientras la clase obrera está inclinada en este sentido, la política oficial del socialismo, traficando con la situación, está inclinada en el sentido contrario, en el sentido de las combinaciones y de la concordia parlamentaria, en el diario regateo para lograr el equilibrio.

Ahora bien; ¿qué se puede esperar por este lado? El socialismo no está hoy en la misma situación que en 1923, ni la reacción tampoco lucha de la misma forma. La Dictadura de Primo de Rivera respetó a los socialistas. Pero hoy el socialismo está demasiado comprometido (¡Si hubiera seguido mis prudentes consejos!, pensará Besteiro); es el blanco de las iras de la reacción, existe con él en los medios reaccionarios un ambiente de pogrom y pagará su reformismo tan caro como una organización revolucionaria su lealtad a la causa obrera. Después de haber sido el puntal más firme del capitalismo español, la reacción (¡ingratitude humanas!) no lo respetará. Las combinaciones parlamentarias suponen un esfuerzo vano para borrar la realidad social. El fascismo seguirá organizando sus cuadros al amparo del poder. Las transacciones parlamentarias no evitarán que los héroes del 10 de agosto pasen a ocupar sus antiguos puestos, moldeando a su gusto el aparato represivo. Los fascistas progresarán estrechando su colaboración con los radicales hasta desplazarlos, consumando un golpe de estado desde el poder o aun llegando estas dos fuerzas a un divorcio prematuro la vida de la democracia estará a merced de las camarillas militares, que se están alojando con toda rapidez. Por este lado, las perspectivas del socialismo y del proletariado en conjunto son bastante tenebrosas.

Los grandes antagonismos sociales no se burlan con ardid parlamentarios; no se resuelven con que el Sr. Martínez Barrio se incline más a la derecha o a la izquierda. Estas dificultades hay que vencerlas venciendo al enemigo. Señalando concretamente al proletariado los caminos por donde se filtra la reacción. Organizando una campaña legal, pero intensa, en el país (contra la colaboración monárquica, contra la amnistía¹, etc.), haciendo patente con manifestaciones pacíficas, organizadas dentro de la ley, la protesta no sólo del proletariado, sino también de otras zonas avanzadas de la sociedad y de la opinión, la protesta de la mayoría del pueblo (que no es la que refleja el mapa parlamentario, producto de las sutiles artes electorales) contra la reacción monárquica y fascista, contra la complicidad con los monárquicos y los fascistas, contra cada una de las medidas en que se manifiesta esta complicidad. No se trata de ninguna insurrección ni de salirse de la ley. Se trata de hacer visible, pero en forma que no deje lugar a duda, el

¹ Durante el mes de abril, la mayoría derechista de las Cortes aprobaría la ley que amnistiaba a todos los implicados en el levantamiento de Sanjurjo de agosto de 1932.

volumen de la protesta nacional contra la política de amparo a la reacción fascista; de expresar la voluntad popular en forma más visible, más auténtica y mejor de lo que la expresan los votos de las monjas y el arte de los caciques. Una vez visto esto, cada cual (los fascistas, el gobierno, los obreros) sabrán a qué atenerse.

L. FERSEN

Madrid, Prisión Celular, 21/2/34

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda
Comunista Española y de la Sección B-L de España



germinal_1917@yahoo.es